

Sin embargo, con la generación del sesenta y ocho en Alemania y, específicamente, en Berlín, se plantea por vez primera la crítica radical del pasado alemán. Se levanta la pesada alfombra que cubría la ausencia de revisión de los crímenes nazis —los procesos de Nuremberg sólo habían sido un procedimiento punitivo— y los funcionarios establecidos, y bien acomodados, de la socialdemocracia y los socialcristianos, tienen enormes dificultades para recuperar a esta generación que a principios de los ochenta se cristaliza políticamente en el Movimiento Verde. Por supuesto, esta generación del sesenta y ocho, uno de cuyos líderes había sido Daniel Cohn-Bendit, alemán de origen judío, y a quien popularmente se le conocía como *Dani el rojo*, más bien por la pigmentación de su piel, que le asemeja a un albino, y que fue expulsado de Francia por el general de Gaulle, pertenece hoy día a un partido de funcionarios políticos bien acomodados, que tampoco pudo recuperar a la generación más joven que, en Berlín, en los años ochenta, se había caracterizado pro la ocupación de edificios y que se llamaban a sí mismos los autónomos.

En los años ochenta se experimenta en Berlín-oeste un renacimiento cultural. Y esto es debido al director de cine Wim Wenders que produce una película que se ha convertido en la actualidad en un icono de toda una generación, *Der Himmel über Berlin (El cielo sobre Berlín)*. Valga la pena subrayar que quien escribió el guión de la película, Peter Handke, dramaturgo, novelista y poeta austriaco, provocó un escándalo en Alemania por haber sido uno de los pocos que rechazaron el bombardeo de la OTAN sobre Serbia. En aquella película hay una representación casi apocalíptica de Berlín, caracterizado por la poética de lo gris, es decir, un ángel que lleva alivio a una ciudad destruida, sufrida y dividida por el muro.

La primera vez que visité Berlín, en 1988, me llamó la atención ver los rastros de la guerra en los patios interiores, orificios provocados por las balas, y que no habían sido tapados por el ansia renovadora de los propietarios de los inmuebles. Además, no dejó de sorprenderme que, justamente, en una sociedad postindustrial, Berlín era la única gran ciudad alemana del Oeste, donde todavía había muchos apartamentos que eran calentados con carbón, cosa que armoniza muy bien con la mentalidad de muchos alemanes que consideran que esta calefacción es más apropiada a la protección del medio ambiente.

Antes de la caída del muro, Berlín era una ciudad que se movía a medio camino entre nostalgia y resignación. Para los alemanes el muro era un hecho dado, indiscutible. La resignación frente al muro era, en verdad, la aceptación de la historia alemana que había sido casi siempre una historia de pequeños estados. Y la nostalgia, con respecto a Berlín, era el sueño de

algunos de haber tenido finalmente una gran ciudad que, junto a París, Londres y New York, irradiara con fuerza y autonomía. Era una nostalgia que tocaba el fondo de la cultura alemana: no haber tenido jamás un cosmopolitismo de gran ciudad. Ironía de la historia: mientras los nazis destruyeron el cosmopolitismo berlinés, es decir, lo difícilmente logrado por esta ciudad en los años veinte y treinta, que era la confluencia de lo político, lo económico y lo artístico, no dejaron tampoco de ir a París para aplaudir las primeras obras de Sartre en las salas de teatro.

Y cuando cayó el muro, los más sorprendidos fueron los alemanes. No lo podían creer. Pero lo que más me impresionó no fue la caída del muro en aquella noche fría de noviembre. Fue, sobre todo, el día siguiente. Como si fuese una enorme ola que rompe estrepitosamente en la playa, había miles y miles de personas de Berlín-este frente a las vitrinas de los almacenes, observando meticulosamente los productos comerciales de la sociedad de consumo conspicuo de Berlín-oeste. No olvidaré, jamás, cómo centenares de personas se daban codazos e insultos para estar en la primera fila de la vitrina de Mercedes Benz, pareciéndose en este aspecto a los turcos de Kreuzberg que, cuando sus jóvenes parejas se casan, se pasean en un Mercedes por toda la ciudad para sellar el triunfo y el éxito en una sociedad que les niega desde hace muchos años, y todavía lo sigue haciendo, el *ius solis* a sus hijos nacidos en este pedazo de tierra. En fin, muchos alemanes del Este soñaron con la riqueza y la prosperidad, a pesar que estos «miserables» habían consumido mucho mejor que sus vecinos polacos, checos, rumanos y hasta rusos. Días inmediatamente después de la caída del muro, el gobierno de Helmut Kohl aprueba con generosidad dar a cada ciudadano del Este cien marcos, que llamaron eufemísticamente *Begrüßungsgeld* (*dinero de saludo*), para que lo gastaran en los comercios de Berlín-oeste. Hasta los estafadores de cajitas o trileros, juego que consiste en hacer aparecer y desaparecer una bolita entre tres recipientes que mueven rápidamente sobre el piso, se ganaron la lotería de hacer dinero con estos ingenuos del Este que creyeron que los recibirían con los brazos abiertos, sin más.

A Helmut Kohl que, justo antes de que cayera el muro, nadie en Alemania apostaba un pepino por él, la caída del muro le cayó como un regalo de Dios. Ganó aplastantemente las elecciones con los votos del Este en 1990. Fue como si el simplote de Erich Honecker las hubiese ganado, pues se sabe que siempre les ganaba con un 98,9% de diferencia frente a una oposición inexistente, sólo que en el marco de la democracia alemana que había adoptado a sus hermanos del Este con un sentimiento de amor y rechazo, prepotencia y paternalismo.

Berlín cambia rápidamente de rostro. Nuevamente se convierte en capital de Alemania. Renace el sueño de tener finalmente una gran ciudad. Pero es necesario modernizarla, hacerla atractiva a los inversionistas, pues no se puede seguir subsidiándola, ya que Alemania se ha gastado una fortuna financiando la factura de la unificación, cofinanciando la guerra del Golfo contra Sadam, cumpliendo sus responsabilidades con la Comunidad Económica Europea que provoca, por ejemplo, que el actual canciller alemán socialdemócrata, que gusta de tener un ligero barniz neoliberal anglosajón, levante su queja en este organismo que, en los últimos años, se ha caracterizado por tener escandalosos casos de corrupción. ¡Y con el dinero alemán, según él, no se juega!

Esta modernización de la ciudad ha significado contratar a los arquitectos más renombrados del planeta, como Renzo Piano, Richard Rogers, Arata Izozaki, Daniel Libenskind, entre otros, para que diseñen edificios que sean dignos de la presencia de consorcios como Sony y Daimler Benz. Todo el centro de Berlín, que comprende Postdamer Platz y Friedrichstrasse, se ha convertido en el lugar donde se han instalado los bien acomodados políticos que, difícilmente, habían renunciado a la placentera residencia provincial de Bonn. Y, además, han cambiado justificadamente el nombre al Reichstag por el de Bundestag, para seguir en la tradición de Adenauer, Brandt, Schmidt, Kohl, porque, en efecto, en los cincuenta años de República Federal, los alemanes han logrado consolidar por primera vez en su historia un sistema democrático exitoso con prosperidad económica. Finalmente, para simbolizar la transparencia de la democracia alemana, han instalado sobre el Bundestag, una cúpula de cristal como un sombrero.